

DESDE LA AUSENCIA

Libros del Ciempiés



Valentina Bragado
Helena de Narváez
Camila Fiuza
Pilar Imberti
Javier Rey

©Título original: *Desde la ausencia*

© Valentina Bragado, Helena de Narváez, Camila Fiuza,
Pilar Imberti, Javier Rey, 2025

© de esta edición: Libros del Ciempiés, 2025

© prólogo: Maui Barone

Diseño de cubierta y maquetación: © Maui Barone

Corrección: Maui Barone y Erika Cosenza

Fotografía: © Camila Fiuza

Primera edición: Marzo 2025

ISBN: 978-84-129185-1-9

www.ciempies.es

info@ciempies.es

Todos los derechos reservados. No está permitida ninguna forma de reproducción, distribución, comunicación o transformación de esta obra sin autorización previa por escrito por parte de la editorial.

DESDE LA AUSENCIA

Valentina Bragado
Helena de Narváez
Camila Fiuza
Pilar Imberti
Javier Rey

Índice

Voces del Ciempiés	5
Prólogo	8
Biografías	13
El intento	18
Mal fan	24
Presencia invisible	35
Esquelas y pañuelos	42
Yo, porque fui tú	54
<i>Time</i>	68
Parada nocturna	77
Lo que (no) se olvida	85
Azul	100
La explicación	114

Voces del Ciempiés

Libros del Ciempiés tiene la convicción de que ayudar a impulsar nuevas carreras es otra manera de promover la diversidad y la inclusión.

Cada una de las Voces del Ciempiés es única y singular, y esto se refleja en las historias que escribe y los recursos estéticos y literarios que elige para hacerlo.

Esta colección aspira a convertirse en una caja de resonancia para una pluralidad de perspectivas, estilos e imaginarios que muy probablemente no tendrían cabida en circuitos editoriales más comerciales.

Ojalá, querida persona ávida de nuevas páginas, que las Voces del Ciempiés te lleven a viajar por otros mundos posibles. Que te hagan soñar. Que te emocionen. Que te diviertan. Que te inviten a la reflexión. Que no te dejen indiferente.

Y, por qué no, que te inspiren tal vez a contar con tu propia voz.

Prólogo

¿Existe un género más menospreciado que el cuento?

Escribir no es fácil. Y escribir cuentos, mucho menos. A primera vista, parece sencillo, irresistiblemente seductor, casi intuitivo: una anécdota bien contada, un fragmento de vida convertido en palabras. Pero pronto descubrimos que no basta con una idea brillante ni con una historia impactante. El cuento exige precisión, equilibrio, una orquestación sutil entre lo dicho y lo insinuado. Muchos intentos terminan siendo esbozos de novelas, escenas truncadas o relatos sin rumbo. Entonces, ¿cómo elegimos entre las infinitas ideas que nos

asaltan? ¿Cómo condensamos una historia entera en unas pocas páginas? ¿Cómo hacemos que el público empatice con un personaje en tan breve lapso?

Desde la ausencia surge como el broche de oro de un taller de escritura realizado en septiembre de 2024 en la librería Amora Libros, en el corazón del barrio de Gràcia, Barcelona. Diez cuentos nacidos de cinco mentes inquietas, gestados entre la pasión y la duda, entre la urgencia de contar y la necesidad de encontrar las palabras justas.

Pero ¿qué es la ausencia? ¿Es un solo concepto o una multiplicidad de vacíos? Si acudimos al diccionario, encontramos definiciones frías y tajantes: privación de algo, desaparición, distanciamiento, olvido, un paradero incierto. Pero, en estos cuentos, la ausencia es mucho más que una definición: es una herida abierta, una sombra persistente, un eco que se niega a desvanecerse.

En «Yo, porque fui tú», Helena de Narváez nos sumerge en la ausencia de una madre que deja tras de sí una estela de violencia en un padre de

mirada perdida. En «Lo que (no) se olvida», Pilar Imberti nos enfrenta a un protagonista sin nombre que se diluye en la niebla de su propia memoria. Valentina Bragado, con «Time», nos habla de las palabras no dichas, los verbos no conjugados, el amor que no pueden permitirse ahora y entonces. Javier Rey, en «Mal fan», nos muestra la ausencia de libertad, el miedo a ser diferente, la justicia fallida. Y Camila Fiuza, en «Esquelas y pañuelos», nos presenta la ausencia más devastadora: la muerte de un ser querido.

Estos diez relatos son un viaje emocional a través de la ausencia en todas sus formas. Nos transportan por carreteras desconocidas, nos sumergen en paisajes ajenos y familiares, nos enfrentan a silencios que gritan. Azul es ese sobre que resalta en medio de tantos documentos, son los ojos de ese recepcionista, es el color del mar.

Querido público, espero que disfruten de estos diez cuentos casi tanto como yo he disfrutado de verlos nacer. Te invito a perderte en estas páginas, a navegar por cada una de las palabras que tan bien hemos sabido encajar.

Te invito a que descubras en estas ausencias un reflejo propio y a que valores la fuerza que estas personas tuvieron para contar dichas historias. Porque, como siempre digo, escribir es un acto de valentía, pero leer con el corazón abierto también lo es.

Maui Barone

10 de febrero de 2025

Biografías

Maui Barone

Soy editora, correctora y maquetadora. Tímida de nacimiento, creativa por naturaleza y amante de los libros por elección. En 2022 cofundé Ciempiés, un proyecto cultural que me llena de vida. Hoy se podría decir que encontré mi lugar en el mundo, reconciliándome con mi lado más artístico, dedicándome a brindar talleres de escritura y transmitiendo el amor que las palabras generan en mí.

Valentina Bragado

Nací y crecí entre los bosques, la selva fría y los ríos del sur del mundo. Ahora hace dos años que vivo en un norte mediterráneo, geografía que entibia la humedad de mi raíz austral.

La escritura me conecta con ese tejido del gran nido. La escritura es refugio, es hogar. Encontrar este espacio de creación con Ciempiés en Barcelona ha sido una fortuna.

Camila Fiuza

Me llamo Camila, pero en Barcelona soy Cami.

En 2020 me vine de Brasil, país donde nací y crecí, así que, ¡soy brasileña! Más exactamente de la ciudad de Río de Janeiro. Me presento como profesional de recursos humanos, fotógrafa, exploradora de brunches y cafés de especialidad, apreciadora de libros y librerías y, por más reciente adquisición de título, escritora. Bromas aparte, en 2024 al volver a mis diarios y empezar un taller de escritura, rescaté una personaje que me acompaña desde niña. De ella vino un libro y, del libro, el valor para contar mis cuentos en *Desde la ausencia*.

Helena de Narváez

Soy Helena de Narváez. Nací en Bogotá, Colombia, el 8 de septiembre de 1993. Desde 2022 vivo en Barcelona, donde vine a estudiar y desarrollarme profesionalmente. Me encanta viajar y disfrutar de los pequeños placeres de la vida, siempre en busca de nuevas aventuras. Hace poco retomé la escritura, una pasión que había dejado de lado y que ahora me vuelve a llenar de felicidad.

Pilar Imberti

Soy Pilar Imberti, nací en 1998 en Argentina. En el 2022 emprendí un viaje que comenzó y terminó en Barcelona, ciudad en la que decidí quedarme a vivir. Desde entonces, mi vida ronda entre la escritura, el psicoanálisis y el mar. Comencé a jugar con la palabra escrita en la adolescencia, pero ha sido en el último año que me animé a darle más lugar y tiempo.

Javier Rey

Nací en Buenos Aires, donde me recibí de periodista. Durante más de diez años, honré el oficio en medios de Argentina y España cubriendo los más diversos temas (política, policiales, deportes, crítica de cine, nuevas tecnologías, actividad agropecuaria y hasta fenómenos paranormales), tanto en medios gráficos como en programas de radio.

A raíz de la crisis económica de 2001, emigré a Barcelona (España) como parte de la Generación Corralito, la tercera ola migratoria más grande de argentinos hasta esa fecha. Continué mi carrera en el ámbito del periodismo tecnológico, hasta que los espacios para ejercer la profesión con dignidad se acabaron, y emprendí una nueva carrera como comercial.

El intento

Un cuento de Camila Fiuza

Levanto la mirada y mis ojos recorren mi alrededor. Veo cabezas bajas, dirigidas a una hoja todavía en blanco. Las manos sujetan los lápices y los bolígrafos, que están sostenidos con firmeza. Garabatean en el papel y dan forma a palabras, frases, historias. Las caras concentradas me intrigan. Quizá sea enfoque, quizá sea miedo de enfrentarse a la hoja, quizá sean ambas cosas y mucho más. «¿Qué pasa mientras escriben? ¿Se dejarán llevar por sus historias o dudarán de su capacidad de estar en un taller de cuentos?». Cuestiono mi propio derecho de estar aquí, de escribir. «¿Cómo se atreve una brasileña a ocupar el mismo espacio de escritura que hispanohablantes?».

Interrumpo la corriente de preguntas desordenadas que insisten en ocupar mi mente. Vuelvo a mirar una vez más el lugar en el que estamos. Somos once en total, doce con la maestra. Nueve mujeres y dos hombres. Estamos en una librería especializada en escritoras. «¡Qué potencia!». Nos sentamos entre frases colgadas en las paredes que nos incitan a ser libres a través de la lectura, nos rodean libros con distintas historias, que seguramente se cruzan con las nuestras. Las que vivimos cada día.

Me concentro de nuevo en la clase. La maestra ahora nos guía por el camino de la creatividad en busca de nuestra voz plasmada en el papel. Nos enseña fundamentos y técnicas que nos permiten acercarnos a nuestro objetivo: ¡escribir sin prejuicios! Aprendemos sobre brevedad, el hecho, tensión, objetivo, mensaje, verbos, sinónimos, puntuación y párrafos. Me atrevo a intentarlo y empiezo a esbozar un cuento:

Mientras desayunaba su habitual pan tostado con mantequilla y tomaba un café filtrado bien fuerte, José hojeaba las páginas del periódico buscando la

sección de esquelas. Sabía lo que quería: alguna que fuera cerca de su casa, para que su amigo no cambiara de idea sobre acompañarle.

Al otro lado de la ciudad, Zenita terminaba de arreglarse de la mejor manera que su estado le permitía. Llevaba un vestido negro hasta las pantorrillas, el pelo perfectamente peinado, sin que hubiera un solo mechón fuera del moño bajo, y el rostro enrojecido por llorar la muerte de su madrina, hermana de su madre.

Leí, releí y paré para reflexionar. La curiosidad no me deja seguir. Me pregunto si soy la única que indaga sobre su lugar en este espacio. En este vaivén de cuestionamientos, me viene a la cabeza una antigua pelea de conceptos que, mirando y viviendo este momento, se aclara por un camino de solución: «¿Qué estarían pensando los dos hombres que comparten la clase y la librería con nosotras? No sabría contestar a esta pregunta porque nunca se la haré. ¿Y por qué yo estaría

cuestionando mi pertenencia y ellos dos estarían aquí cómodos? Tal vez tampoco lo estén».

Para mí, el sentido de pertenencia era una imposición. Pero estar aquí, en este taller, viene de mi querer. El pasado conllevaba rebeldía, frustración, rabia, llanto, todo inflamado como fuego por la imposición. Por otro lado, mi querer carga consigo seguridad, amor, igualdad y respeto. La ambigüedad vive en la misma persona. A lo mejor la lucha entre los dos se refleja en la hoja con el miedo y eterniza ahí mi incapacidad de escribir.

«¡Pero qué lío! ¿Tiene sentido esto?».

Vuelvo a encontrarme con mi texto. La mente se silencia y abre paso a las palabras, una tras otra, formando mi cuento. Al final de la clase, oigo historias de una lluvia de libros a la cara, de presencias invisibles en la calle, el cruzar del luto con el amor, un rescate hacia sí misma, el poder del tiempo, los conductores y sus paradas nocturnas, un enamoramiento en el olvido, los matices del color azul y un encuentro a través de una carta. Sobre todo, oigo coraje.

Oigo manos que escriben. Oigo libertad. «Qué privilegio estar entre personas que dan espacio a la creatividad y comparten su voz». Con cada lectura, quienes integran este taller dan sentido a emociones, nos ponen frente a personajes que te hacen experimentar una mirada a un espejo. Seguramente sin saberlo, te incitan a creer que tu lugar es colectivo. Que sí, que tienes la capacidad de estar aquí.

Mal fan

Un cuento de Javier Rey

Nunca se me dio bien el papel de fan. Acercarme a alguien famoso para pedirle una foto, un autógrafo o tan solo saludarlo. Sospecho que esa mezcla de vergüenza con admiración, me debe dar un aspecto de tipo peligroso o desequilibrado. Yo, por dentro, me siento un niño entusiasmado frente a la presencia de su ídolo. Ellos, abordados por un hombre casi en sus cuarenta, con panza, barba profunda y mirada incipiente, deben recordar al asesino de John Lennon.

Lo sé, porque es la mirada de terror que, con el tiempo, terminé de identificar en sus rostros. Ser consciente de esos ojos en alerta, que se van dilatando ante la cercanía de un posible

peligro, hace que, cuando ya esté a punto de abrir la boca para presentarme y saludarlos, me ponga aún más nervioso y las palabras se me atraganten y no pueda expresar lo que quiero. Un gorgoteo silencioso que va acrecentando en ellos sus sospechas de que traigo la intención de lastimarlos. Es una escalada.

Igual, esto me pasaba también de joven, flaco y sin barba. Como dije, nunca se me dio bien. La primera vez tenía catorce años. Fue cuando me encontré con el capitán y mejor jugador de la historia de mi club, que se acababa de retirar, en una feria. Estaba promocionando su escuela de fútbol infantil. Yo me acerqué con el volante de la publicidad, para que me firmara el reverso. Emocionado por encontrar a esa figura que, con solo diez años, había visto levantar la Copa del Mundo en Japón y declarar a mi equipo el número uno del planeta. El lector pensará: ¿qué amenaza puede significar un adolescente para una estrella acostumbrada a miles y miles de autógrafos y fotos? Es que justo en ese momento, un grupo numeroso de niños más pequeños, entre siete y diez años, se acercaron a él. Yo quedé peligrosamente

destacado entre todos ellos, lo que me daba un aspecto de abusón, pervertido o un infantiloides con algún problema de retraso, para utilizar los comunes adjetivos de la época. Esos fueron los cargos que sentí en las acusadoras miradas de sus madres: yo era un indeseado que no tenía derecho a acercarme al futbolista junto a sus chicos. Conseguí el autógrafo, dejando que pasaran todos delante de mí, a regañadientes y de forma veloz, con un brazo estirado por parte del ídolo para mantener la mayor distancia posible.

Años más tarde, pensé en decirle a un actor «Tranquilo, no te voy a matar». Lo había encontrado en un *free shop* de un aeropuerto, durante una escala, en la sección de los perfumes más caros. Descarté la broma ante sus ojos que se espantaron al sonreírle. Consideré que las palabras «matar» y «aeropuerto» no se llevaban bien. Que no entendería el chiste. Así que me alejé despacio y de espaldas, con las manos en alto, para demostrarle que no era necesario que comenzara a gritar o a llamar a la policía.

Hace un par de meses, mi novia compró con mucha anticipación entradas para ir a ver a nuestra escritora de terror favorita: M.E. Iba a participar de un coloquio en Barcelona y, debido al éxito que estaba teniendo su última novela, el evento estaba muy demandado. Tras la lectura de un ensayo inédito que hizo que nos rompiéramos las palmas al aplaudirla y estruendosas carcajadas por el sentido del humor connacional que compartimos con ella (que nos valió las miradas desaprobatorias del discreto y mayoritario público catalán), nos pusimos en la fila para que nos firmara un ejemplar de segunda mano de su primera novela; inédita para mí, leída con fervor por mi novia.

Debido a su extrema timidez, ella me había aferrado del brazo y dirigido a la fila. Me considera extrovertido y charlatán, así que yo debía ser su carta de presentación para obtener el preciado autógrafo. Y es verdad que yo, en circunstancias normales, con personas de una condición similar a la mía, es decir, nulas de fama, soy abierto y caigo bien. Incluso si son famosas, siempre y cuando no tengan mi admiración. Pero,

en el caso de M.E., no se trataba solo de una ídola de mi compañera, que no despertaba nada en mí, lo cual, tal vez, hubiera facilitado la tarea. El problema es que yo también la considero una de las autoras más virtuosas de la actualidad.

Había mucha gente y, a medida que la cola avanzaba, intentaba practicar mi pequeño discurso en la soledad de mi cabeza. *Hola, encantado de saludarte M.* (pensé que era mejor tutearla, ya que tenía casi la misma edad que yo. Un *usted* podría ofenderla). *Te admiramos mucho, en especial ella* (le presentaría a mi novia por su nombre, no por nuestro vínculo. Estoy en proceso de desconstrucción, ya saben), *y te agradecemos por tus historias. ¿Serías tan amable de firmarnos?* (y le ofreceríamos el libro).

lba repitiendo este discurso mientras la cola se acortaba. Avanzábamos a buen ritmo hasta que le tocó el turno a la persona delante nuestro. Era una fan de talla XXL que le había llevado cinco libros para firmar, cada uno con una pretendida y diversa dedicatoria que le comenzó a dictar con la autoridad de una jefa.

La escritora se vio atosigada por las indicaciones de las precisas palabras que debía poner en cada firma, intercaladas con frases de adoración que pretendían ser únicas e irrepetibles, como lo era ella como admiradora, según no paraba de repetir en una incontenible diarrea verbal.

Yo resoplé, consciente de la mala suerte. Mientras la autora no perdía el tiempo ni en fingir una sonrisa, intentando encajar las palabras dictadas en la dedicatoria de cada novela, que para peor eran cinco títulos distintos para personas diversas, una chica menuda e inquieta se acercó por el lateral del improvisado escritorio, y se agachó para hablarle al oído. Una credencial que la identificaba como personal autorizado del evento le quedó colgando del cuello mientras le susurraba algún tipo de indicación operativa. La estrella del evento asentía, mientras no dejaba de recibir una verborrea cada vez más elevada de la fan, a pesar de que le había hecho una seña de alto con la mano para que le diera una tregua.

¿Este es el último?, le preguntó a la parlanchina de negro, mientras la otra chica hacía una pausa

en sus susurros. La inteligente autora sin duda era *multitasking*, pero se quería sacar a la pesada de encima debido a que la respuesta que la organizadora necesitaba por su parte requería cierto grado de reflexión. Fue aquí cuando la portadora de los libros cambió el tono de voz, y las adulaciones se transformaron en reclamaciones de indignación, que se iniciaron con una frase del estilo «...pero quién te crees que eres...». M.E. volvió a estirarle la palma mientras acercaba su oído a la organizadora, que tenía urgencia en transmitir el mensaje, lo cual enfadó más a la mujer delante de nosotros, que no solo empezó a proferir insultos, que la escritora ignoraba, si no que, ante la distracción de todos, descubrió de la cintura un puñal de hoja plateada y empuñadura que alcancé a ver claramente tallada en negro. M.E. estaba torcida, con su cabeza de costado pegada a la interlocutora del evento, quien le sostenía la mejilla para poder hablarle mejor al oído. Mientras la fan deslizaba el puñal de entre sus ropas y lo comenzaba a sacar por debajo de la superficie del escritorio, nadie pareció advertir el movimiento. Excepto yo, que lo único que se me ocurrió hacer de forma inconsciente fue arrojarme

con las dos manos sobre el puño que sostenía la daga y empujar con mi cuerpo a la mujer para alejarla hacia el extremo opuesto de la escritora. A pesar de que todo fue muy veloz, yo lo viví en cámara lenta. La caída por el peso del cuerpo de la agresora me lastró hacia un costado mientras los pesados libros (sus novelas no suelen bajar de seiscientas páginas) me llovían en la cara. Toda mi concentración estaba en las fuerzas de mis manos, en arrebatarse el puñal a la loca asesina. Esta aprovechó para darme un puñetazo que no vi venir en el medio de la nariz con su mano libre. Una mano que era la mitad de mi cara y que me dejó grogui. Pero sentí que el puñal era mío, acurrucado entre mis dos puños, y me di la vuelta sobre mi panza, para protegerlo con el caparazón de mi cuerpo y que su dueña no pudiera recuperarlo. Fue el último movimiento del que fui capaz antes de que las nieblas del nocaut se cerraran sobre mí.

Las voces eran muchas y superpuestas. Primero vinieron apagadas desde el lejano más allá de algodón de mis párpados cerrados. De a poco subieron su volumen y las sentí

anunciarme que alguien estaba volviendo en sí. Ese alguien debía ser yo. «Se mueve, se mueve, menos mal que intervino a tiempo, tenía un cuchillo, sí yo lo vi, aléjense, la quiso matar...». Intenté mover mis manos, pero no pude. «Quédese quieto», me dijo alguien. Imaginé a un médico que se preocupaba por mi salud. «Estoy bien», alcancé a decir, mientras abría los ojos, me sentaba y en lugar de una bata blanca de médico, me cubría la visión un gigante y musculado uniforme de policía. «Femicida, femicida», me gritó la voluminosa fan apuntándome con un dedo que era demasiado corto para la larga uña pintada en un morado de estilo gótico. Temblaba bajo un papel metalizado que la cubría, como esos sobrevivientes que se ven por la tele en una catástrofe. Mis manos estaban atadas a la espalda con un dolor helado que me lastimaba la piel. Sentí el peso de una piedra hinchada y latente en mi nariz. Vi a mi novia llorando y negando con la cabeza junto a una agente de coleta recogida que completaba el binomio policial. «Tiene derecho a permanecer callado...», recitó la gruesa voz del agente.

«Menos mal que la chica de negro lo golpeó a tiempo», dijo una voz aguda y cortante a mis espaldas. La escritora estaba alejada, con un abrazo que la sostenía, mirándome con horror: fue lo único que me resultó familiar.

Presencia invisible

Un cuento de Pilar Imberti

Bajo corriendo los cuatro trayectos de escalera que separan mi casa de la calle. Tengo dos minutos para hacer tres cuerdas hacia la parada de colectivo. Como siempre, paso por la puerta del supermercado y se abre al detectar mis pisadas, ilusionada de que alguien vaya a entrar. Esta vez veo algo distinto y entonces mi mirada se dirige hacia allá. Un señor de cabeza pelada y piel agrietada por tanto sol está sentado al lado de los carteles de promociones, con medias agujereadas y ojotas casi sin suela, un *jogging* corto que deja ver sus rodillas y un buzo de la NBA cuyos puños tuvo que doblar varias veces para dejar libres sus manos. Con una frazada se tapa la espalda y con sus dedos sucios y largos

sostiene con fuerza, como si todo le pesara, una taza de café que no tenía café, sino monedas. Cruzamos miradas, me saluda con cansancio y gentileza, yo escucho su «buen día» mientras sigo avanzando a pasos largos y apurados buscando la tarjeta de transporte.

Me subo al bus con entusiasmo por comenzar a leer la novela de M.E que me habían recomendado un día atrás y de la que tanta intriga tenía. Al llegar al final del primer párrafo me percató de que tengo que volver a su inicio. Qué sabe M.E sobre si ese señor era nuevo en mi zona o si de tantos apuros no lo había visto antes. Cierro el libro resignada y me prometo que al volver lo saludaría.

De regreso, a eso de las seis de la tarde, ya no está; para consolarme pienso en que tendría dónde refugiarse cuando comenzara a oscurecer. Subo a casa, dejo lo que traía menos el libro, para con él bajar de nuevo, ilusionada pensando en que esta vez sí podría seguir el hilo de las palabras. Cruzando la calle hay una plaza, y ese horario es el momento exacto en el que se reúnen

niños recién salidos del jardín, parejas paseando a sus perros, amigos fumando marihuana o jugando al ping pong, viejos inventando novedades y yo intentando leer. Y el señor del supermercado, claro; qué ilusa, nada de un lugar donde refugiarse. Desde el banco donde estoy lo veo regresar a una cuadra de distancia, empujando un carro repleto de electrodomésticos rotos; arrastra los pies como si le costara caminar, como si los días vividos en la calle lo empujaran cada vez más al cemento frío y le anticiparan su final anunciado. Esta vez se acuesta en un banco frente al mío. Aprovecho para dirigirle una mirada y una sonrisa, pero ya es tarde y está oscuro para que me vea, o mejor dicho, ya es tarde y después de haberlo ignorado en la mañana no confiaría en mi gentileza. Un joven vestido como recién salido de *Peaky Blinders* ve esa secuencia y, señalándolo, me dice en catalán que lo deje, que así son, unos desagradecidos. Sin hacerle caso continuo con mi intento de lectura, pero de reojo observo cómo una mujer vestida de uniforme de tránsito que lleva de la mano a quien parece su hijo, pasa por el lado del señor y de un tirón aleja al niño para evitar que camine demasiado cerca de él.

Vuelvo a acomodar mi cuerpo en el banco con la intención de olvidar aquellas escenas y retomar de cero mi novela, quizá tenían razón y era más fácil la indiferencia y el rechazo. A mi tercer renglón lo interrumpen las carcajadas de tres muchachitos argentinos (imposible para mí olvidar esa tonada) que no superan los veinte años; están sentados a dos bancos de distancia del mío comiendo uvas y arrojando las semillas desde la boca. Con la mirada sigo una que cae directamente a la espalda de aquel hombre sin refugio; sus festejos y ovaciones al que lo ha logrado me hacen entender que ese era el objetivo. Intento putearlos y decirles algo, pero si el gesto de resignación que recibieron de él no los había hecho cuestionarse nada, difícilmente sería yo la que lo haga.

Con los ojos un poco nublados por algunas lágrimas, veo que una señora de cabello blanco y aros de perlas apoya su culo cubierto por una pollera aleopardada en el banco donde yo estoy, y buscando complicidad me dirige una mirada de asco mientras señala con un gesto de cabeza a aquel hombre. Antes de

que dijera algo, me paro con seguridad, cruzo la calle y entro al supermercado. Salgo con actitud heroica y un racimo de seis bananas, muy decidida a entregárselas al señor. Con furia en su ceño rechaza mi bondad. La plaza entera, me atrevo a decir que hasta los perros, me miran con vergüenza ajena. La señora del culo aleopardado quiere consolarme: «Tranquila, nena, estos son todos iguales, debería pensar en tirarse debajo del tren, el metro, o lo que fuera... debería pensar en morirse».

Me pregunto si es que no le gustan las bananas o no sabe recibir más que miradas de asco y gestos de odio. Me pregunto si alguna vez pensó, como le dijo aquella vieja de mierda, en tirarse debajo del tren. Al día siguiente procuro bajar diez minutos antes decidida a saludarlo y ya no ser parte de aquella frialdad, pero la puerta del supermercado estaba vacía. No, no pienso ingenuamente que haya encontrado refugio; entendí que si yo ya no confiaba en mis vecinos seguramente él tampoco podría hacerlo. Se habrá ido a otra plaza de hombres bien vestidos, madres trabajadoras, pendejos

divertidos, señoras coquetas y jóvenes apuradas;
se habrá ido a otro lugar donde tampoco ellos
sabrán hacer otra cosa más que eternizar el odio
y perpetuar la indiferencia.

Esquelas y pañuelos

Un cuento de Camila Fiuza

¿Cómo se sana la ausencia que alguien deja en tu vida?

*Yo diría que honrando su historia, recordando su pasado y
creando memorias que abracen el corazón.*

Mientras desayunaba su habitual pan tostado con mantequilla y tomaba un café filtrado bien fuerte, José hojeaba las páginas del periódico buscando la sección de esquelos. Sabía lo que quería: alguna que fuera cerca de su casa, para que su amigo no cambiara de idea sobre acompañarle.

Al otro lado de la ciudad, Zenita terminaba de arreglarse de la mejor manera que su estado le permitía. Llevaba un vestido negro hasta las pantorrillas, el pelo perfectamente peinado, sin que hubiera un solo mechón fuera del moño bajo, y el rostro enrojecido por llorar la muerte de su madrina, hermana de su madre.

La alegría de José al ir por la calle era contagiosa. Había elegido el traje azul índigo y unos zapatos marrones oscuros. Era alto, de ojos verdes, el cuerpo esculpido por el trabajo manual. Tenía el pelo rubio, aunque en un tono caramelo, que brillaba bajo el sol que iluminaba el día. Había quedado con su amigo en el quiosco de la esquina de su casa y saludó al menos a cinco personas por el camino. Por trabajar arreglando el tapizado de sofás, José conocía a casi todo el barrio.

Incapaz de consolarse a sí misma, Zenita intentaba apoyar a su madre, que lloraba profundamente la pérdida de su hermana. Las dos salieron de casa con los brazos entrelazados para esperar el autobús en la parada dos calles más allá. El cuerpo esbelto y la postura de bailarina parecían guiarla y darle la fuerza necesaria, pero sus ojos castaños delataban la pesadumbre. No hablaron mucho durante el trayecto. La madre necesitaba silencio, y Zenita lo sabía. Sólo lo interrumpió para informarle de que pronto bajarían del transporte y caminarían unas cuantas calles más hasta el cementerio.

Ya en compañía de su amigo, José se disponía a colarse en otro velatorio. ¡No, no! No era la primera vez que lo hacía. Muy astuto, siempre llevaba en el bolsillo de su traje un pañuelo para secar las lágrimas de las mujeres que necesitaban un hombro para llorar. Estamos en los años cuarenta, y conocer a alguien de esta manera podía ser algo común. Lo tomaba todo con mucha broma y reía con su amigo, que le contaba sobre una discusión entre dos ancianos en la plaza donde solían ir a jugar al ajedrez.

Zenita y su madre avistaron al resto de la familia, que las esperaba en la puerta del lugar. Abrazos apretados, palabras de consuelo, caricias y acogida. No eran muchas personas, pero sí las suficientes. Siempre estaban juntas, como un matrimonio, en la alegría y en la tristeza. Se colocaron cerca del cuerpo sin vida, pero de semblante sereno, y cada una, a su manera, hizo una oración para que encontrara la paz.

Nada más atravesar el portal del cementerio, José cambió de actitud. Mismo que usara un lugar como este para conocer a alguien, entendía

el escenario y era respetuoso con las familias. Llegaba siempre en silencio, saludaba a la gente que no conocía con un gesto positivo de cabeza y una sonrisa discreta. No decía nada, pero lo demostraba en su conducta. Como de costumbre, se mantuvo de pie al borde del grupo que estaba allí para despedirse por última vez. José la vio.

Zenita se soltó de su madre y fue en dirección de la madrina, que siempre había sido una presencia muy fuerte en su vida. Le había enseñado a coser, a maquillarse, a preparar su famoso guiso de verduras y ternera, y, más que nada, le hablaba libremente sobre la vida. Sobre ser mujer, sobre besos, sobre placer, sobre el matrimonio. Le había dicho que el mundo crearía expectativas sobre ella, inventaría normas, intentaría decirle qué podía y debía hacer, pero que la responsabilidad de encontrarse sería solo suya.

—Te agradezco por haber estado a mi lado. Yo soy porque tú eras—. Le daba las gracias por una vida entera.

Su corazón y todo su cuerpo fueron invadidos por un calor afable. Era la primera vez que esto le pasaba a José. Sí, buscaba a alguien, pero se había apegado a la rutina del periódico, de la exploración, de los pañuelos, de las distintas personas. Inmóvil, así estaba. Miraba a Zenita con esmero. Se fijaba en la forma como se movía. Cada gesto, calmo y gentil. Ansiaba encontrar una manera de acercarse, pero no quería molestarla, estaba determinado a cuidarla, consolarla de verdad, conocerla. Entender el motivo detrás de las lágrimas, ayudarla a superarlo. Deseaba estar a su lado, para toda la vida.

La despedida, susurrada al oído de la madrina, la hizo respirar un poco más aliviada. Zenita regresó al encuentro de su madre y la animó a hacer lo mismo. Al principio no le hizo caso, pero pasadas un par de horas, fue el turno de ella de reflejarse en el coraje de su hija y despedirse de su hermana. Zenita la observaba desde lejos, sentada sola en un banco. Intentaba adivinar lo que su madre podría estar diciéndole. Siempre las había visto muy amigas, una relación que le enseñaba mucho sobre la complicidad y la ternura.

José no quería dejar que aquella oportunidad se desvaneciera, pero temía profundamente el rechazo. Tenía que ser perfecto. Su amigo notaba su nerviosismo, nunca lo había visto en ese estado. Sabía que lo tomaba en serio y lo animaba. Inhala, exhala, habla:

—Hola, perdona, me llamo José. Lamento lo que está pasando, pero... ¿te importaría si comparto el banco contigo?

Los pensamientos de Zenita la habían llevado lejos, y la llegada de José la devolvió de golpe al presente. Sus ojos castaños encontraron una inmensidad verde que sostenía la mirada de vuelta y reflejaba cierto miedo al mismo tiempo. Le respondió:

—Hola, perdón. Estoy esperando a que vuelva mi madre, pero si necesitas, me levanto y te dejo el asiento.

—¡No, no! Por favor, quédate. No quería molestarte. Solo pensaba en hacerte compañía mientras estás sola, vi que estás acompañada.

Zenita estaba muy concentrada en el momento que vivía y en su familia, pero fue invadida por la

intriga. Pensaba que, si aquel hombre realmente se había dado cuenta de que ella estaba allí con su madre, ¿por qué la importunaría pidiéndole asiento?

—José, ¿verdad? ¿Perdona, pero nos conocemos de algún sitio?

—No, solo estaba de paso. Vine a visitar la tumba de mi hermano gemelo —mintió, en parte. Sí había tenido un gemelo, sí había muerto y sí estaba enterrado en el mismo cementerio. Pero no había ido a verlo.

—Qué lástima, lo siento por ti —le respondió por pura cordialidad, pensando que con eso daría la conversación por terminada.

Pero José insistió:

—Hace mucho. En realidad, no llegué a conocerlo. Murió en el parto, pero vengo de vez en cuando a contarle mi vida. Creo que le gusta —no mentía del todo, de hecho, mantenía la costumbre de visitar al hermano que no llegó a conocer. Habría continuado hablando, pero la vergüenza lo invadió al notar la desaprobación reflejada en cada músculo del rostro de Zenita.

Casi podía escuchar: «¿Pero qué haces?». Quería huir, pero también mantener la compostura—. Gracias por haberme dejado hablar de mi hermano y, una vez más, perdóname por molestarte. Te dejo ahora. Buenas tardes.

La singularidad de la situación la dejó curiosa y, abriéndole espacio en el banco, le dijo:

—Me llamo Zenita.

José sonrió, como agradeciéndole, y se sentó a su lado. Con los oídos atentos, derribaron los muros de la rareza y ambos compartieron historias de sus seres queridos que ya no estaban. Mientras ellos se hacían compañía mutuamente, la madre y el amigo los observaban. Ella no entendía muy bien lo que pasaba, y él esperaba con paciencia. José no solía abrirse, y Zenita tampoco. Y ahí estaban los dos, encontrando consuelo en el dolor.

—Gracias por compartir este tiempo conmigo, José, voy a por mi madre ahora.

—Claro, claro. Perdona. Bueno, adiós, Zenita.

—Adiós, José.

Durante meses, él volvió casi todos los días al cementerio, con el recuerdo vivo de los minutos pasados con Zenita. Deseaba profundamente volver a ellos. Incluso le había hablado de ella a su hermano gemelo en una de las veces que estuvo allí. Pensaba que no le había ofrecido el pañuelo que solía usar. Por otro lado, estaba seguro de que el encuentro con Zenita había sido diferente, y por eso no quería usar sus viejos rituales con ella. Tendría que ser especial, como él la veía.

La primavera comenzaba a empujar lejos el aire del invierno y a llenar de flores las calles. Era señal de que el cumpleaños de la madrina, que ya no estaba, se acercaba, y para su sorpresa, Zenita recordó el encuentro que había tenido con José en su entierro. Siguiendo sus pasos, volvió al cementerio para visitarla y contarle lo que había pasado en su vida en esos meses. Zenita llegaba, José se marchaba, tranzados por el cruce de sus vidas una vez más.

—¿José?

Invadido por una felicidad que ocupó todo el espacio donde antes habitaba la desesperanza de no volver a verla, respondió:

—Zenita, qué alegría encontrarte.

Inviernos, primaveras, veranos, otoños. Pasaron años, muchos años. Más precisamente dos generaciones, hasta que llegamos al día de hoy, en el cual tú estás aquí, prestando atención a la lectura de un cuento que ha sido escrito por mí, la nieta nostálgica de José y Zenita.

Yo, porque fui tú

Un cuento de Helena de Narváez

Virginia lleva manejando más de veinte minutos sin encontrar ningún lugar abierto para parar. Está cansada y tiene mucha hambre. Además, solo queda una hora para llegar al pueblo y no está lista.

Se siente como el protagonista de la última novela publicada por su escritora favorita, M.E., que viaja con su hijo en carro, atravesando Argentina, para protegerlo de una oscuridad que los acecha. Con la diferencia de que no va con un niño, ni está en Argentina, ni nadie la protege. Definitivamente, no es el protagonista de su libro favorito.

Intenta volver a buscar en el navegador un restaurante o gasolinera cerca, para ver si ya tiene señal. Tiene suerte, por fin: El Gran Rincón, dos

kilómetros, tres punto dos estrellas de calificación. Al pasar un par de curvas, lo ve asomarse a su derecha. Se siente aliviada. Es una casa colonial grande color rosado pastel. Le resulta familiar, habrá pasado por allí decenas de veces cuando era una niña. Es una hacienda típica del eje cafetero de Colombia. En otra época debió haber sido hermosa. Pero actualmente está en un estado deplorable, a punto de caerse. Además, la carretera ahora pasa a escasos metros de la puerta de entrada.

Estaciona y, antes de bajar, agarra su cartera y se pone las gafas de sol, para que no se note el estado de su cara, que está completamente inflamada de tanto llorar.

Al abrir la puerta del restaurante, suena la campana que tiene colgada en el marco, llamando la atención de las tres personas que están sentadas en una de las mesas, quienes la miran extrañadas. Al entrar siente náuseas. Siempre le pasa cuando tiene un mal presentimiento.

La casa mantiene muchos detalles arquitectónicos coloniales. Las ventanas que dan a un jardín interno y las columnas de madera

le resultan también conocidas. Piensa en lo feliz que debió haber sido la familia que la habitó. Qué absurdo, se dice, como si la gente fuera feliz dependiendo de qué tan bonito es el lugar en donde viven.

Se sienta en la mesa del fondo. Una mujer de mediana edad se acerca y le entrega la carta.

—Buenos días.

—Buenos días. —Sin necesidad de ver el menú, Virginia le pide un café y un pandebono.

—No tenemos pandebono.

—Solo el café, entonces.

Ve que alguien dejó el periódico sobre el mueble. No es mala idea distraer un poco la cabeza leyendo algunas noticias. Además, sirve para esconderse de las demás personas que están en el restaurante, que la observan atentamente. Las siente, pero no es capaz de mirar de vuelta para confirmar la sensación. Oye que han bajado el volumen de las voces y ahora susurran cosas, pero no alcanza a entender qué dicen.

Los titulares del periódico *El Sol* que tiene en sus manos anuncian: «Terrorismo declara la guerra a Estados Unidos»; «Nueva York y Washington: los blancos del ataque. Atacadas las torres gemelas, el Pentágono y el Departamento de Estado»; «Todos los ojos están sobre Bin Laden»; «Se desplomaron las bolsas internacionales por atentado terrorista». Virginia se extraña y revisa la fecha: 12 de septiembre de 2001. ¡Qué raro! —piensa— debe ser viejo.

Las campanas atadas a la puerta suenan, de nuevo, anunciando la llegada de otros clientes. Las náuseas se acrecientan. No le gusta ese sonido. Al levantar la cabeza, ve que la mesera había acomodado a un hombre y una niña en uno de los lugares libres, que está justo al costado de la entrada, pero esto no cautiva su atención por más de unos segundos. Tiene la cabeza en otra parte.

No puede creer que su papá se haya muerto. A los dieciséis años, Virginia decidió irse de su pueblo para Bogotá. Huyó del lugar en el que creció, porque vivir a su lado era un infierno. Se dedicó a tomar alcohol desde que su mamá se fue con otro,

además de pegarle a ella por cualquier razón, así no le diera ninguna. Según él, nunca quería golpearla, siempre pasaba por accidente o por culpa de Virginia, que lo provocaba y no le hacía caso. Ella sabía que era la forma en la que él descargaba sus tristezas y fracasos. Que siempre la odió, porque le recordaba a su madre. Aceptó ese destino sin quejarse hasta que se fue y no volvió a hablarle.

Pero el paso del tiempo ablandó el corazón de su papá y lo hundió en arrepentimiento. Se dio cuenta de que su hija era lo único que tenía y que no merecía que la hubiera tratado de esa manera. Hasta el día de su muerte, intentó compensar sus errores y reivindicarse con Virginia, siendo un buen padre. Intentaron formar una relación, que se mantuvo por medio de llamadas distantes y un par de visitas por parte de él a la capital. No mucho más.

La presencia de la mesera, que está ahora a su lado, con el café en la mano, la saca de sus pensamientos. Recibe lo que ordenó y aprovecha para decirle que el periódico es viejo.

—Es de hoy. Mire: 12 de septiembre —le responde la mujer, señalándole la fecha en la parte superior derecha del papel.

—Sí, hoy es 12 de septiembre, pero de 2024 —dice Virginia.

La mujer la mira confundida, como si estuviera tratando con una loca, da un paso hacia atrás mientras le responde con un hilo de voz:

—¿Cómo que 2024? Hoy es 12 de septiembre de 2001.

Virginia elige callarse, porque es una insensatez discutir por eso. El silencio mantenido durante algunos segundos le indica a la mesera que se vaya y la deje sola. ¿Cómo va a ser 2001? Seguro es una broma. Sin mostrar los dientes, una sonrisa se dibuja en sus labios. Le causa gracia el chiste.

Saca su celular de la cartera y ve que no tiene, nuevamente, nada de señal. Piensa que tal vez afuera haya cobertura. Deja todas sus cosas en la silla de al lado. Mientras camina por el corredor hacia la puerta, activa y desactiva el modo avión, para ver si consigue conectarse. Al pasar

junto a la última mesa que hay a mano derecha, instintivamente, despega la mirada de la pantalla, para ver a las personas que están allí sentadas.

El teléfono se cae al suelo y el ruido del golpe llama la atención del hombre y la niña, quienes voltean para ver qué pasó. Antes de que ella logre reaccionar, el hombre se pone de pie y se agacha a recogerlo.

—¿Todo bien? —le pregunta. Indudablemente, es su voz. Con mucho esfuerzo y sin poder sostenerle más la mirada, porque siente que va a desplomarse ahí mismo, le responde que sí, que todo está bien. Al recibirle el celular, la mano de Virginia roza la de su padre y el contacto hace que sus músculos se pongan tensos y rígidos, provocando que la aleje inmediatamente.

Dirige la mirada a la niña, que ha perdido interés en lo que acaba de ocurrir y está concentrada en tomar el chocolate que tiene servido. Tendría unos cuatro o cinco años. Va peinada con dos trencitas y tiene puesta una camiseta lila, que reconoce al instante. Tiene impresa la figura de Marie de los *Aristogatos*, su película preferida cuando era pequeña.

No entiende qué está pasando, pero por alguna razón esas dos personas que tiene enfrente son su padre y ella, veintitrés años atrás.

De repente la misma voz que oyó hace unos segundos vuelve a capturar su atención.

—Siento que la conozco de algún lado —le dice el hombre, su padre, con mirada confundida y el ceño fruncido. Definitivamente, esos ojos color miel con manchas marrones le resultan conocidos.

Virginia no logra darle una respuesta, porque no sabe qué decirle. Retrocede y, rápidamente, vuelve a su mesa. Está impresionada, sudando y con el corazón acelerado. No puede respirar fácilmente. Abre los ojos y los cierra de nuevo. Repite esto varias veces, para ver si logra que desaparezca esa imagen. Pero, no, siguen ellos dos sentados allí.

Intenta buscar un error, una explicación. Recuerda la película que pasaban casi todos los domingos en el único canal que entraba en el televisor de su casa cuando era pequeña. La de aquel hombre que, de repente, está en un mundo completamente vacío, en el que no queda

ningún habitante vivo, y se pellizca varias veces, al pensar que está en un sueño. Si el dolor te despierta, se decía, te has salvado. Eso es justo lo que Virginia necesita, volver a la realidad. Se aprieta la mano izquierda con las uñas lo más fuerte que puede. Le duele, lo que quiere decir que sigue allí. La mano le sangra un poco.

No puede despegar la mirada de esas dos personas. Ve que el hombre —que es su papá— corrige toscamente cada comportamiento de la niña —que es ella—, que tiene la cabeza agachada. Conoce ese gesto, porque lo sigue haciendo. Es más que un síntoma de miedo, es una forma de pasar desapercibida. Al prestar atención, ve que en el brazo izquierdo de la niña hay un hematoma con la marca de unos dedos. Seguramente él se lo hizo al zarandearla por algo que no le gustó. Instintivamente, Virginia se mira la cicatriz que tiene en la mano izquierda, que alguna vez fue una herida de una cortada que le hizo con una botella de vodka —su favorito— porque le había pedido plata para comprar algo en el mercado. Ninguno de los dos comía desde hacía días.

¿Puede ser que esté viviendo un *déjà vu*, acaso? Ella no recuerda haber estado en ese lugar con su padre alguna vez. Se le escurren las lágrimas y mojan el periódico que sigue sobre la mesa, en frente suyo.

Decide mirar ahora a su padre. Aunque debe tener un poco más de la edad que tiene ella ahora, la tristeza y el alcohol lo hacen parecer veinte años mayor. La partida de su madre lo hundió en un hueco, y le tomó muchos años poder recuperarse. No puede evitar sentir pesar por él. Lo quería con todo su corazón, pero el rencor que sentía era más grande. Por eso no entiende por qué le duele tanto que haya muerto.

De inmediato piensa que es paradójico empatizar con sus padres, quienes nunca se apiadaron de su bienestar. De si se recuperaba de las golpizas que él le daba, por ejemplo. Creció sola sintiendo que su presencia perturbaba a todas las personas que la rodeaban, como pasaba con su papá. Debe ser por eso que se le dificulta construir relaciones de cualquier clase.

Al verlos, Virginia se da cuenta de que, aunque su padre mira con frialdad a la niña, no la está mirando realmente a ella. Su cuerpo está, pero su mente no. Se nota que no era tan importante para él como los demonios que tiene en su cabeza. Seguramente es cierto que no la odiaba.

No puede evitar pensar que todo esto no es justo con ella, con su versión de niña. Tiene la certeza de que todo el dolor que vivió en su infancia y que carga desde ese entonces se podría haber evitado. Ve que su padre se pone de pie y se dirige hacia el baño. No lo piensa dos veces y toma sus cosas rápidamente. Sin necesidad de pedir la cuenta, deja veinte mil pesos encima de la mesa y camina hacia la niña. Se detiene y se pone de cuclillas para quedar a su altura:

—Hola, Virginia.

—Hola. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Te conozco, tal vez no me recuerdas.
¿Quieres ir a dar una vuelta?

—Mi papá está en el baño, me dijo que no me moviera de acá.

—No te preocupes, él me conoce. ¿No viste que hablamos hace un rato cuando se me cayó el teléfono al suelo? —La pequeña asiente. —Está todo bien, vamos a dar una vuelta.

La niña confiada por las palabras se pone de pie y la agarra de la mano. Virginia respira profundo, porque está temblando. Mientras camina, las lágrimas caen por sus mejillas. Tiene cuidado de no sollozar, no quiere asustarla. La sienta en la parte de atrás del carro y le pone el cinturón de seguridad. Le sorprende su tranquilidad. Se da cuenta de que en ningún momento intenta mirar hacia el restaurante para buscar a su padre. Inconscientemente, ella sabe que cualquier lugar es más seguro que estar con su papá, incluso estar en un carro con una extraña. Se le hace un nudo en la garganta. Tose varias veces para quitárselo.

Virginia se sube también al carro y lo enciende. Ahora más que nunca siente que, aunque su papá se haya arrepentido genuinamente e intentara enmendar lo malo, nunca va a ser capaz de perdonarlo. Porque el daño está hecho.

Porque si de algo está segura es que ella jamás hubiera tratado así a su propia hija, menos a una niña.

Todo esto pudo haber sido evitado. Todo esto pudo haber sido evitado. Todo esto pudo haber sido evitado. Se repite, susurrando.

Respira de nuevo, arranca y gira para tomar la carretera de regreso. Conduce hacia un nuevo destino en el que las cosas tal vez puedan ser diferentes para ellas.

Time

Un cuento de Valentina Bragado

Brouwhuis, 2024

Los espacios del patio están saturados de exigencias.
Las flores y los mirlos, testigos de la debacle.

Recorro con los pies descalzos el sector
que al amanecer le da los primeros rayos de
luz. Mis pies van húmedos con el rocío. Toco
la hortensia, me agacho a sentir el aroma a
hierba. Hundo la mano en la tierra, no entiendo
el sentido, pero lo hago llevando una sabiduría
antigua. Miro sin ver, moviendo mi mano en la
tierra blandita. Cierro los ojos y juego. Vuelan
millones de estrellas por mi memoria. Me
paro tambaleando y voy donde está el sector

comestible: saco unas hojas de menta y agarro unas cuantas frambuesas grandes y rojas.

Entro a la casa. No estás. «Qué alivio», pienso. Voy a la cocina, corto dos trozos de jengibre, hiervo agua y tomo mi infusión mirando por la ventana del *living* cuando siento el sonido de tus llaves en la puerta.

Me pongo nerviosa, miro a dónde me puedo ir y sin encontrar donde, te saludo.

—*Goedemorgen schatje* —dices tú pasando a lavarte las manos. Mueles café en silencio, lo preparas, te observo. Te sientas a enrollar un tabaco, intercambiamos a *few words*.

—¿Cómo estuvo la sesión? —pregunto sin entusiasmo.

—*Good and deep* —respondes buscando mi mirada.

Salimos al patio, nos sentamos al sol, otra vez en silencio. Intento buscar palabras suaves, que suenen bien, en ese idioma que compartimos, que no es mío ni tuyo; sin embargo, no recuerdo palabras para ... —silencio—.

Suspiro, miro el cielo y en ese momento de distracción siento tu mano acariciar torpe mi rodilla.

—*It's been hard for me. I can't handle it at the moment* —dices con la voz quebradiza.

—*I don't have words yet* —respondo y esta vez yo soy la que acaricia, en un gesto que parece antinatural, su rodilla.

El silencio nos regala la abstracción que necesitamos para determinar que cocinar es una buena solución a la aspereza de esta mañana. El día está hermoso, en este país donde los días así no abundan.

Le propongo a Dylan ir a pasar la tarde al lago y llevarnos el almuerzo para comer allá tipo *picnic*. Le gusta la idea, así es que entramos a cocinar.

—*Let's do it* —dice caminando por el patio.

—Sí, vamos —respondo yendo hacia dentro.

Él prepara dos sándwiches al horno. Corta en láminas finas el avocado, parte delicado el cherry por la mitad, con su cortadores saca láminas

preciosas de gouda de su mismísimo país y termina decorando con unas hojas de rúcula y gotas de pesto encima. Los envuelve de manera perfecta. Yo preparo con esmero también una ensalada verde de quinoa, corto avocado en cubitos, corto pepino, le agrego cherrys enteros, esparzo algunas olivas y termino con unas gotas de pesto. Él envuelve mi ensalada, también perfecto.

Ambos con gorra, salimos con las bicicletas y la sombrilla hacia el lago. Este paisaje tan intenso en verdes, entre tantos sonidos de la naturaleza, me va tirando las espinas al camino. Me río sola de mis pensamientos y veo a Dylan voltear a ver qué pasa, y es el mejor momento del paseo: nos llega un poco de viento al bajar la cuesta del lago. Bordeamos la laguna, vemos dos cisnes pasear entre medio de los junquillos. Cierro los ojos y respiro.

Estacionamos las bicis junto a un árbol. Hay más bicicletas que personas en este país, pienso: miro a mi alrededor, todas son muy grandes, altas y negras. Las nuestras *old school*, pequeñas y de colores desgastados.

Caminamos al lugar de siempre. Dylan pone la sombrilla, estiramos el pareo y yo tomo mis lentes de agua y me voy a nadar. Nado bonito, estilizado y al momento que me da un poco de frío, salgo, me seco. Veo a Dylan en el agua nadando, pero al poco tiempo sale también.

Comemos nuestro *picnic* en silencio, pero presentes.

—¿Quieres agua? —le pregunto sacando la botella con menta y limón.

—Sí, por favor —dice con voz suave en su español de guiri.

—*¿Can you put sunscreen on my back please?*
—le pregunto respetuosa.

—*Sure* —responde.

El silencio nos brinda otra vez el amor que no podemos *ahora y entonces*.

—*We need time* —dice de la nada Dylan.

No puedo responder, se me olvida la conjugación de todos los verbos, se me traba la lengua.

—*We need time* —repito lo que dice.

Conversamos en un diálogo entrecortado de emociones y un par de acuerdos. Nos abrazamos por primera vez desde hace cinco días, de manera honesta y profunda. Este abrazo es todo, lo siento y se lo digo.

De pronto, la tarde comienza a caer y nos da un poco de frío o buscamos la excusa para volver a casa. Caminamos en dirección a las bicicletas, pero no están. Escucho las maldiciones en el idioma nórdico de Dylan. Yo ya llevo un *shock* y no pronuncio nada.

Volvemos caminando agotados (supongo) hasta el supermercado de la intersección en la carretera. Pedimos un Uber hasta la estación de trenes. Son solo dos paradas más, que podríamos caminar, pero ninguno de los dos tranza en eso.

Nos acostamos y despertamos en un respetuoso y no ansioso silencio. Para ser sincera, esto me viene bien *ahora y entonces*. Y así, mientras empaco mis cosas, lloro sin que las paredes me vean.

Salgo por última vez al patio con los pies descalzos. Hoy el cielo está nublado, un poco blanco. La temperatura ha bajado y corre una brisa que no alcanza a enfriar mi cuerpo. Miro las rosas, la palmera, la lavanda. Me siento en una de las sillas a contemplar, mientras el canto de los pájaros me acompaña.

Dylan trae dos *bowl*s de frutas con granola a donde estoy sentada. Me da un beso en la cabeza, mientras me pregunta si quiero té o café. Le respondo que un té verde con miel está bien para mí.

Comemos hablando sobre el proceso que estamos pasando, el que viene y el que nos daremos.

El tiempo pasó volando y estoy justa para ir a la estación de tren. Caminamos entre medio del hermoso bosque que rodea el camino. Dylan sube a dejarme, fuma un tabaco nervioso, con los ojos brillosos como los míos.

No decimos nada, pero lo decimos todo los segundos o minutos que nos miramos mudos. Nos tomamos de la mano, nos abrazamos tiernos.

Como si no fuera yo la que habitara este momento y esta historia, me subo al vagón y miro por la ventana. Saco el libro que estoy leyendo de Jamaica Kincaid, *Ahora y entonces*. Leo un párrafo de la página treinta y siete y llego a esta frase: «No podía saber que el amor, aunque sea un parámetro sincero y estable, es el más diverso e inestable de todos los elementos y sustancias que salen del centro de la tierra».

No tengo apuro, puedo esperar. *We need time.*

Parada nocturna

Un cuento de Javier Rey

Había oscurecido y todavía tenía que manejar varias horas. Desconfío de los paradores de ruta, tan apartados de todo, pero necesitaba descansar y tomar algo para despabilarme. Las luces interiores le daban cierta calidez al lugar, y había tres coches estacionados frente a los ventanales, lo que me dio algo más de confianza.

Sonreí ante mi paranoica forma de pensar. Cálculos matemáticos para medir el nivel de inseguridad: ningún coche hubiera sido una zona abandonada; un coche, un potencial conductor asesino esperando la llegada de una ingenua víctima; tres coches estaba bien... Eres una enferma, me regañé, mientras el vehículo

se detenía en la plaza de estacionamiento y giraba la llave para apagar el motor. Sentí el cansancio, me cayó de golpe. Me apreté la parte de arriba de la nariz y cerré fuerte los párpados. ¿Cómo se llamaría esa zona que unía el tabique nasal con la frente? Y qué importa, me respondí harta. Ve en busca de un café. Decidí demorar un minuto la entrada a la tienda. Necesitaba que el aire fresco de la noche me despejara un poco el entumecimiento. Aire de campo, me dije. Me preparé para aspirar el olor de los pinos de la ladera que se levantaba detrás del parador, y al hacerlo descubrí que venía mezclado con dosis de gasolina, aceite y neumático quemado.

Los tres coches aparcados estaban a mis espaldas, pero mi cabeza los volvió a contar. Me palpé la cintura, aunque el gesto no era necesario para saber que mi arma reglamentaria estaba ahí. Tics del oficio. Estar siempre preparada para lo peor. Relájate un poco, Cris, me dije. Pero ya no me podía concentrar ni en los pinos ni en la noche recién nacida. Y todavía me tenía que cambiar, joder.

Tenía en el maletero el vestido de fiesta y los tacones. Tuve ganas de fumar, a pesar de que hacía casi un año que lo había dejado.

¿Debería hacerlo en el baño de este lugar o esperar a más adelante? Mejor esperar, no quería llegar con el vestido todo arrugado. Tendría que estar en camino como mínimo hace un par de horas, pero el llamado de último momento me había hecho quedar de más en la seccional. El planchado del pelo estaba casi intacto. Menos mal que había sacado turno en la peluquería por la mañana. Se me hacían extraños los cabellos llovidos sobre las orejas, con el pantalón negro ajustado a las botas y la campera con cremallera. Por suerte, tenía la precaución de tener esa ropa extra de civil en el casillero del trabajo, sino todavía vestiría el uniforme. Ni tiempo de una ducha había tenido. Me tendría que lavar las axilas antes de llegar. Al menos no estás con la regla, me consolé. Arroje una bocanada de humo invisible al crepúsculo y tiré con los dedos una colilla imaginaria al playón de cemento.

Los cristales de la puerta automática se deslizaron a los costados para dejarme pasar. En el interior, uno de los tubos fluorescentes parpadeaba al ritmo del zumbido eléctrico. Un clásico de estos lugares. Pedí que me tostaran un bocata de jamón y queso, el último que quedaba. Seguro había estado ahí desde la media mañana, pero caliente me serviría. Un café americano sin azúcar y una botella de zumo de mango completaron mi cajita feliz. Me senté cerca de los ventanales, con vista a la entrada. Había cuatro comensales. Dos masculinos adultos separados y un tercero con un niño pequeño. Encajaban con los tres coches.

Abrí el zumo y le di un trago largo. Me obligué a parar a la mitad de la botella. Aspiré con placer la sed apagada. La empleada se movía con desgana detrás del mostrador, entre cincuenta y sesenta, le calculé. Sudamericana. Debía haber tenido trabajos físicos a lo largo de su vida, o de levantar peso. Por la forma en la que se bamboleaban sus estropeadas caderas. La gente vivía reclamándole a la policía mano dura con los inmigrantes, pero luego recurría a ellos para los trabajos que no

querían hacer. Esta mujer, sin dudas, se preparaba para enfrentar el turno de noche. Había un par de carteles que alardeaban en grandes números naranja sobre fondo verde un 24/7.

Veinte minutos, me dije. Al menos descansa ese tiempo. Luego al baño y sigues viaje. Le pegué un mordisco a la comida. El pan estaba un poco duro, así que apuré un sorbo largo de café para que la mezcla se ablandara en la boca. Mejor. Saqué el teléfono. Abrí la conversación de WhatsApp con Mateo y comprobé la ubicación que me había enviado. Pero era solo una excusa para repasar los diálogos:

Ven, por favor. La vamos a pasar bien.
Tomamos algo, aprovechamos para charlar. Es una fiesta tan enorme que puedes pasar de hablar con la gente, la comida va a ser buena y los tragos gratis.
(Emoji de sonrisa).

Era el mensaje que más había releído. Ya habían pasado seis meses desde que nos habíamos pedido un tiempo. La forma esperanzadora de llamar a la separación. ¿Podríamos salvar nuestro

matrimonio? Me miré el anillo de oro del dedo anular de la mano izquierda, y lo moví con el pulgar. Me gustaba comprobar que su peso seguía ahí, que no era solo un espejismo. Me había costado un par de bromas de los compañeros de trabajo, pero los había mandado a tomar por culo. A más de uno le hubiera gustado ponerme un anillo, y a más de tres algo más.

Comprobé las listas de canciones disponibles en el móvil. Deslicé un par de veces la yema hacia abajo para ver donde caía. Liza Minelli, «Losing My Mind». La dejé marcada para darle al *play* apenas retomara la conducción. Me encantaba Liza. Era la mejor.

Mateo sí que me había estado volviendo loca en los últimos meses. Dándome vueltas y vueltas en la cabeza día y noche. Los años juntos, la hipoteca, nuestra hija... En eso estaba distraída, cuando uno de los comensales (cincuentón, barba larga, vestido con camisa leñadora a cuadros verdes y azules, panza, botas marrones y gorro a juego con la camisa) activó con su cuerpo la apertura de la puerta de salida. El cristal se cerró a sus espaldas.

Dio tres pasos hacia el *parking* y de repente se frenó. Con la brusquedad propia de una presa ante el peligro. Una sombra salió de la espesura, era como... una sombra de pelos. La visión era fascinante. Al hombre le debe haber causado la misma impresión, porque siguió congelado mientras la forma voló en cuatro patas hacia él. La oscuridad se le lanzó encima como un animal. De la negrura resaltaban dos ojos rojos y filas de dientes hambrientos. El hombre fue arrancado del suelo y arrastrado como un pelele de trapo por el playón, colgando del poderoso hocico. El resto de los comensales y la dependienta miraban con ojos saltones y la boca abierta la escena del otro lado del ventanal. Me levanté, empuñé el arma y me dirigí hacia la puerta que frágilmente nos separaba de una noche que acababa de empezar.

Lo que (no) se olvida

Un cuento de Pilar Imberti

El reloj de la cocina marcaba el pasar de las horas cada vez más alto, y un poco agradecí que vos ya no estuvieras para leerlas, no quería que siguieran pasando. La puerta del dormitorio de planta alta estaba cerrada como siempre pedías para que no se enfríe la casa, y aun así el frío de aquellos días no me dejaba quitarme tu suéter. No, no es que fuera cómodo, pero tenía impregnado tu perfume como si lo hubieses usado esa mañana. Juana me esperaba en la galería de adelante con la mesa puesta y la fuente servida, desde hacía varias noches se quedaba a hacerme compañía y, a pesar de la culpa, no sé cómo pero estaba seguro de que vos ya lo sabías. Al verla, sólo pude esconderme debajo del cuello largo del suéter, me

reí y no supe si de los nervios o por acordarme de que vos hacías lo mismo cuando estabas inquieta. No era una cita, tampoco lo habrían sido los días anteriores, pero algo me producía un escalofrío de esos que te advierten que estás sintiendo algo que no te convendría sentir, pero es correcto a su vez. Ese que sentía cuando estaba con vos.

El día que vinieron a buscarte, Franco y yo estábamos mirando el noticiero. Todo pareció tan rápido y a la vez tan pausado, como si el reloj me diera la posibilidad de digerirlo. No como cuando ese papel que sentenciaba mi diagnóstico llegó a nuestra casa. Desde allí que me apuré por construir lo que nos habíamos prometido, pero mi deterioro apuraba al tuyo con mucha más urgencia. Y los médicos... los médicos con su propio tiempo, como si el nuestro no dependiera del suyo.

Antes que Franco llegara me habías pedido que te ayudara a bañarte. Yo sabía que estabas ya melancólica, y que lo que pedías en realidad era un rato más conmigo. Mientras te secaba, el timbre sonó y me paralicé. Ruidos de llave; qué alivio, sólo Franco tenía un juego. Nos esperó

en el comedor a que terminara de cambiarte. Me ordenaste que te pusiera el suéter, era un septiembre de remeras mojadas y ventiladores encendidos, pero lo sentíamos tan frío como julio y tan pesado como tu colección de piedras. Ya en la mesa, vos hablabas con tu hijo y yo con las enfermeras. Aún te callabas cuando escuchabas mi voz aunque no estuviéramos en la misma conversación. Aún me comprabas las flores que a mí me gustaban y vos aborrecías.

Eso fue lo último que recuerdo. Lo siguiente: vos mirándome desde arriba del auto, creo que tuviste la intención de esconderte debajo del cuello alto; hasta en ese momento supiste hacerme reír. Franco me repitió aquel discurso de mierda sobre que tengo que confiar en lo que ellos deciden; que el médico de cabecera sea nuestro hijo tenía de alivianador lo mismo que de molesto y agobiante. Yo también estaba viejo, pero quería estarlo con vos, no con él ni con nadie más, así que lo eché.

Pasaron algunos días, no sé cuántos, pero para mi sorpresa parecieron pocos; aunque nos molestara, Franco siempre tenía razón y esta no era la

excepción: entre la huerta, las clases de yoga y los grupos de salidas, en aquella residencia de mujeres me sentiría un poco más joven y además no me dolería tanto el cuerpo como lo hacía después de la parálisis. Faltaban veinte minutos para tu programa favorito y sabía que irías en busca de tu desayuno. Hacia allá fui yo también. Cuando las chicas de la panadería te vieron entrar, sin que tuvieras que decir nada, ellas ya comenzaron a preparar tu café y tus facturas: americano doble, dos rellenas de crema y una de dulce de leche. A mí no me hizo falta voltearme hacia la puerta; al verlas, sabía que eras vos quien había llegado. Te saludé con frescura y vos no hiciste más que devolverme el saludo con un vago gesto; entendí que habías estado pagando impuestos y siempre quedabas abrumado después de tantos números. Sólo me aseguré de mirarte y acomodarme mis rulos como lo hice siempre para que así tengas, al menos durante la mañana, ese instante presente.

Al día siguiente tenías turno con la oftalmóloga, así que me levanté lo suficientemente temprano como para llegar a casa a tiempo y recordártelo. Me había cansado de que me pidieras que te

leyera la hora del reloj de la cocina, e igual en ese momento rezaba todas las noches para que te acuerdes de que era yo la que lo hacía. Cuando entré aún dormías y no quise confundirte demasiado; dejé en el medio de la mesa el bloc de notas amarillo con los detalles del turno. Supe que en pocos minutos te despertarían los niños de la escuela de enfrente entrando a clases y decidí irme antes de eso; camino a la residencia me arrepentí y me dirigí a la clínica, quería asegurarme que llegarías.

Clínica del Norte, Doctora Sabalo, segundo piso, consultorio cuatro. Eso me indicaba el bloc de notas amarillo en el medio de la mesa; de no ser así, hubiera sido otro turno olvidado y perdido. La señora de la cafetería estaba en la silla de al lado de la puerta del consultorio. Nos miramos, y yo ya sin tantos números en mi cabeza, respondí a la frescura de la mañana anterior. A varios asientos de distancia, preguntas de respuestas cortas y risas tímidas. De vuelta en casa tuve que llamar a la mutual para que me autorizara los medicamentos y no supe recordar el nombre de la doctora ni qué día había ido. Me acosté a dormir

sin hacerlo, no quise darles demasiado lugar a mis frustraciones cada vez más frecuentes. Soñé con Juana, la mujer de la dulzura y las risas tímidas.

Era lunes y tenía taller de lectura a las quince. Mi rutina matutina se armó en función a eso pero llegaron las catorce y yo me estaba yendo a dormir la siesta. Sí, un olvido más. Tocaron la puerta y no sé si fue el sueño que ya tenía o que aunque me olvidaba de todo no podía olvidarme tus detalles, pero el ritmo de ese puño contra la madera me recordó a cuando te dejabas la llave dentro. Rezongando me levanté a atender; Juana estaba pasando camino a su taller de lectura y solo quiso saludarme. Le pregunté cómo supo que vivía allí y se refirió a aquel día del médico, le habré dicho eso y algo más que seguramente olvidé. Recordé que a ese taller también iba yo, me alisté y juntos terminamos el camino. Casi al llegar, ella decidió no quedarse. Me dio pena no acompañarla, pero quería seguir cuidando ese espacio, mi espacio. Allí no conocía ni me importaba nadie. Le dije que podía venir cuando quisiera a casa para ponerla al día con la novela. Dudé porque sentía que te defraudaba, pero mi

corazón latía con tanta certeza que me dejé llevar por eso. No quería ser infiel, pero la quería seguir encontrando aunque no sea contingentemente. Quedamos para el otro día, nos abrazamos, ella tuvo que ser la que soltara, y nos despedimos.

Aquella noche me dormí con tu recuerdo, no porque antes no lo hubiera hecho, pero esta vez parecía que te tenía cerca. Cada hora me despertaba con el cosquilleo de tus rulos que rozaban con mi nariz; tu perfume, que había olvidado, ahora lo sentía tan claro que casi podía tocarlo. Entre la oscuridad me pareció ver tu suéter colgado en la silla, sonreí creyendo que era una ilusión y me sirvió para seguir durmiendo.

25 de mayo y Constitución; tenía la certeza de que estaba cerca de casa, pero el movimiento de aquella esquina me aturdí, todo parecía hacerse grande mientras yo me hacía cada vez más pequeño. Intenté tranquilizarme pensando en tus palabras, pero hacía rato ya me había olvidado de tu voz. Decidí sentarme y esperar a que volviera el recuerdo de mi dirección desde hacía sesenta años. Una mujer de rulos canosos

me ayudó a recomponerme, las lágrimas y la confusión no me dejaban ver, pero en mi mente tu voz recobró su melodía; sin hacerme demasiadas preguntas me acompañó hasta la puerta, entré y la dejé atrás. Me acosté sin importar los rayos de sol que se colaban por la ventana y me acusaban de no estar disfrutando el parque. Ya era de noche cuando me desperté con hambre, estaba oscuro así que me limité a servirme un tazón de ensalada de frutas. Mientras la comía no pude recordar quién la había hecho ni cuándo, pero tenía el mismo sabor a ron como la que vos hacías y eso me bastó para dejar de forzarme y simplemente disfrutarla. Desde la cama veía que la tortuga ya tenía su lechuga servida, me enojé al darme cuenta de que entonces no era martes sino viernes, y había venido Laura. Una vez más, sin pensarlo demasiado, le agradecí con pensamientos a mi hija por ahorrarme ese trabajo, apagué la luz y volví a dormirme.

Eran las once de la mañana, vos seguías en la cama y pensé que menos mal le di de comer a la tortuga la noche anterior, sino a esta altura ya la tendrías en el cuarto y te hubieras enojado, para

vos los animales siempre afuera. Guardé el ron y me fui rápidamente a la residencia, sabía que en cualquier momento Laura o Franco comenzarían a llamarte haciendo verificaciones de que seguías vivo disimuladas en invitaciones a almorzar.

Dejé sonar dos llamadas, a la tercera sabía que debía atender. Además, la lluvia y la correntada de viento frío que traspasaban el ventanal también me obligaron a levantarme para cerrar los postigos. Me pregunté qué hacía tu suéter en el sillón del living y pensé que quizá habrían venido tus nietas a hurgar tu armario y lo dejaron desacomodado. Pero estaba seguro de que ese suéter llevabas puesto cuando te fuiste, aunque a esa altura ya no podía asegurar nada. Mientras mantenía una conversación de monosílabos con Laura, vi el reflejo de tus rulos despeinados y tu camisa gris con flores rojas en la ventana que daba a la calle, al mismo tiempo que sentía tu perfume, y me reí como burlándome del diagnóstico; el delirio de imaginar lo que uno añora es una virtud que ni el Alzheimer puede recortar, pensé. Al terminar la llamada, regresé a la habitación y, mientras buscaba en mi cuarto de siempre y en mi armario de siempre los

pantalones de siempre, escuché la puerta. Juana esperaba que le atendiera, con su cabello rizado despeinado, un ramo de flores rojas en su camisa gris y otro de jacintos lilas en su mano izquierda, en la derecha llevaba un pañuelo de tela ya usado. Mientras intentaba decirme algo, buscaba la luz con sus ojos llorosos y un gesto de nariz arrugada. Le alejé el ramo de su cara y nos saludamos, ella maldijo las flores con un estornudo y yo con una carcajada le dije que eran mis favoritas.

Decidimos quedarnos en la sala de estar, pero antes iría a la cocina en búsqueda del mate. Juana me siguió detrás ofreciendo ayudarme, y mientras yo llenaba la pava para calentar el agua, ella buscaba el termo y el mate en las alacenas debajo del horno eléctrico. Me sorprendió que supiera dónde estaba todo, pensé que quizá esas cosas se guardaban con una lógica universal, o quizá ya había venido y yo, como casi todo últimamente, lo había olvidado. No quise preguntarle. Al volver donde estábamos se quejó por la luz tenue y tuve un *déjà vu*, me vi como otras tantas veces discutiendo acerca de los beneficios de la luz cálida en comparación con la blanca.

Nos despedimos con un abrazo, y una vez más fue ella quien tuvo que alejarse. Su bolso de tela con un faro dibujado sobre un «Puerto Madryn» escrito en cursiva, me recordó a aquel viaje que hicimos para conocer las ballenas. Quise contarle sobre esa anécdota contigo, pero me distrajo lo cargado que lo llevaba, como si se fuera con más cosas de las que vino. No quise ocupar más espacio en mi memoria ni más tiempo en la despedida, cerré la puerta con llave y me dirigí a nuestro cuarto. El corazón me latía mucho más rápido de lo habitual y creo que por eso quise dormir abrazado a tu suéter. Lo busqué en el *living* donde lo había visto por última vez, lo busqué en la habitación y en otros lugares donde no había estado. Con un largo suspiro, mientras me daba por vencido, tuve el recuerdo fotográfico de haberlo visto en el bolso de Juana, por eso tan cargado, pero me pareció tan delirante como todo lo que me pasaba con ella, así que efectivamente me vencí y me dormí.

Para esa altura, Franco pasaba al menos una vez por día para ordenarme los medicamentos, y las llamadas de Laura para recordar turnos

médicos eran cada vez más frecuentes. También yo llamaba cada vez más seguido a las enfermeras que me cuidaban en la mañana para preguntar sobre el paradero de prendas de ropa que había usado el día anterior, o del café que tomaba todas las mañanas. Juana venía todas las tardes y la mayoría de las noches se quedaba a dormir. Aunque para mí todo era nuevo, en realidad era un día como cualquier otro.

Ese día te estaba esperando en la galería de adelante con la mesa puesta y la fuente servida. Toda la mañana en la cocina hizo que me quitara el suéter y al dejarlo supe que te lo pondrías antes de salir a mi encuentro. Nunca fui muy friolenta y vos nunca llevabas suficiente abrigo. Al verme te escondiste debajo del cuello alto, te reíste tímidamente y por un instante pensé que me habías reconocido, pero al segundo siguiente entendí que eso ya no sería posible, y fue allí cuando supe que el momento que no queríamos que llegara había llegado.

Terminamos de comer y escuchamos el timbre, no nos dieron tiempo siquiera de dejar los platos en la mesada de la cocina. Me miraste desconcertado

como un niño mira a la cajera del supermercado cuando muy pronto se acerca su turno de pagar y su madre aún no llega. Para nosotros también era muy pronto. Te quedaste sentado esperando instrucciones, me mirabas buscando aprobación de mi parte y yo sentía, o quería sentir, que un poco me estabas reconociendo. Te quitaron el suéter y me lo puse sin pensarlo cuando me lo dieron, te pararon como si no supieras hacerlo solo y yo quise pelear, pero ya habían sido demasiadas batallas perdidas contra los médicos. A las fuerzas soltaste tus brazos de sus manos, te dirigiste solo hacia la puerta y saliste a la calle sin mirar atrás; no sé cómo sabías cuál era el auto que te esperaba y te subiste en la parte trasera.

Desde la vereda te dirigí una mirada y aparecieron tus ojos llenos de confusión buscando los míos. Mis arrugas delatan el paso de los años, ese fue mi consuelo para justificar tu olvido y desconocimiento. Las fotos no envejecen, recordé, y en un último suspiro puse delante de mi cara el portarretrato que estaba en la entrada con la foto de aquella joven de veintiuno, que ya te miraba con ojos de amor.

Al quitarla, te vi sonreír y simulaste el gesto de querer subirte el cuello alto del suéter; yo también hice el gesto haciéndolo subir realmente. Ahí entendí que me seguías eligiendo aunque para vos yo ya no tenía mi cara.

Azul

Un cuento de Valentina Bragado

Es la primera vez que salgo de Europa. Es la primera vez que me enfrento a otro mundo: otro abecedario, otra fonética, otros signos. Entre medio de jotas fuertes, haches mudas y símbolos que se deslizan de derecha a izquierda, aterrizo en المملكة المغربية.

Recibo las primeras miradas penetrantes al pasar el control de policía. Observo con fascinación las letras de este reino árabe impresas en mi pasaporte. No hablo francés; no obstante, he aprendido lo esencial del magrebí y le digo *shukran* al policía.

Camino hacia la salida del aeropuerto y busco un taxi. La bocanada del norte de África me

pega fuerte en todo el cuerpo. Me pongo mis lentes de sol y observo un momento la escena a ver si entiendo algo de este oriente que me han contado los de occidente. Los extranjeros a mi alrededor son pocos y las miradas curiosas son bastantes. No entiendo nada así es que subo al primer coche que veo.

El taxista habla (para mi sorpresa) bien el español y comienza a relatar algunos puntos de la ciudad.

—¿Es posible poner el aire acondicionado?
—pregunto.

—*Oh, oui d'accord* —responde cerrando con un botón su ventana y la mía.

Vamos escuchando música árabe de la radio: suenan tambores, guitarras y un violín.

—Me gusta mucho esta música —afirmo mirando el mar por mi ventana.

—Las cuerdas que suenan son de un instrumento que se llama *kemanya* —dice simpático— y es típico de la música folclórica de esta parte del norte de Marruecos.

—¿Y ahora dónde estamos? —exclamo mientras observo una gran muralla de piedras amarillentas.

—Estamos entrando en la Medina, en el Zocco grande —responde a mi duda.

En silencio, observo curiosa a los transeúntes pasar. Doblamos por la derecha, descendemos una cuesta y llegamos al hotel.

Me bajo en la entrada del *Minzah*. Piso una alfombra de Aladino roja con toques dorados en el *hall*. Veo lámparas colgadas de distintos tamaños y formas: de amarillo cálido y *bordeaux*. Camino embobada a recepción en el mismo momento en que me cruzo con los ojos azules del recepcionista. Tiene tez dorada, lleva lentes *vintage* de marcos pronunciados y el pelo canela.

—*Good morning, welcome to our hotel* —dice.

—*Salam alaikum* —digo *naughty*.

—*Salam alaikum* —responde (seductor) sonriendo.

Me demoro unos segundos en reaccionar, y torpe, le digo que quiero hacer el *check in*. Mira la pantalla y comienza a realizar *arrival questions*. Le contesto todo lo que pregunta observando, curiosa, su cara que no me mira. Inspecciono detalles que me gusta examinar y aprovecho que no me ve: contemplo sus orejas, sus cejas, las pestañas curvas (qué lindas). Miro para otro lado, y suave llevo la mano a sus manos: tiene los dedos delgados y alargados. Limpias y cuidadas uñas cortadas. Me percato del libro que hay al lado del teléfono. Me esfuerzo y achino los ojos para leer el título que no alcanzo. Fátima Mernissi, la autora. No sé nada de ella, intento memorizar el nombre, pero cojo el móvil y lo digito en notas. Averiguar, escribo.

—*We are ready* —comenta—. *Here you have your room number*. —Me pasa una tarjeta mirándome azul mediterráneo.

—Gracias —le contesto con mis mejillas a tope.

—De nada —responde mirándome fijo.

Salgo de la recepción y atravieso un pasillo que me lleva a otro nivel con ventanales que dan al patio árabe. Impresionante, lleno de naranjos, flores del paraíso, bugambilias, palmeras y gomeros gigantes, es perfecto para comenzar a disfrutar Tánger. Subo a mi habitación y me tumbo en la cama a descansar un momento.

Al rato, bajo a la piscina con mi traje de baño púrpura y encima una blusa blanca oversize que me cubre hasta las rodillas. Me poso bajo un árbol gigante, que según yo es un argán, en una de las esquinas del restaurante. Me pongo bloqueador, dejo mi bolso a un lado y tomo los lentes de agua. Miro alrededor y no hay casi nadie salvo otra pareja de extranjeros al otro lado de la piscina. Me voy al extremo profundo, caliento mis hombros, mis brazos y me lanzo.

La piscina la tengo completa para mí. Bajo la superficie, veo pasar mis manos por delante en el agua transparente y en este gesto, exhalo p l a c e r.

Llevo meses buscando estar así,

f r e s c a.

H ú m e d a,

f l u i d a.

Toco el extremo más hondo por quinta vez y descanso. Me pido un zumo natural típico de aquí: aguacate con almendras y leche vegetal.

Delicioso.

El zumo,

el agua,

el día.

Escribo esto y veo pasar a alguien frente a mí.
Microsegundos me demoro en levantar la vista, es él.
Justo me ve: yo, violeta, y él, azul.

Nos miramos. Se acerca, me sube una bola de calor.

—Ça va, *très bien*? —pronuncia un atractivo francés.

—Espectacular —respondo (nerviosa).

—Nadas muy bien —dice en un español muy afrancesado.

—Gracias, practico desde hace años —le respondo estirando mi mano—. *You already know, but* soy Octavia.

—Mostafa, encantado —me dice rozando con sus dedos los míos.

Siento una explosión de lenguas, memorias y vientres.

—¿Me recomiendas un buen sitio donde pueda tomar té de menta? —le pregunto.

—Sí, claro. *Café Hafa has a beautiful view of the sea.* Puedes ver las colinas del horizonte, que son España.

—*¡Wow, looks nice!* —le digo mirando mi móvil y luego sus ojos cielo.

—*Alright,* que disfrutes el té y si tienes otra duda, pregúntame —me dice haciendo un gesto con su mano.

—*Bislama* —le digo sonriendo.

—*Bislama* —responde sorprendido.

Recojo mis cosas y subo a mi habitación. Me ducho y río sola. Me arreglo y salgo con un vestido amarillo *limoncello* para recorrer el casco histórico y tomar té de menta.

Camino por fuera de la Medina y subo por una cuesta con negocios de comida, frutas, verduras, dátiles enormes, polvos de colores, tés, canela, anís, cardamomo y más especias a granel. Paso por una vitrina llena de distintos tipos de *baklawa*. Todo es un espectáculo, las voces, la gente, los negocios. Sigo las instrucciones de Google Maps y llego a la cima donde está la *Kasbah*. Doblo a la izquierda y, al frente de un parque, veo una minientrada que dice Café Hafa.

Paso agachada por la puerta hasta que, literal, estoy en la cima del mar. Miro el horizonte, escucho el murmullo árabe. Está lleno el lugar y, por fin, veo a mujeres y algunas (incluso) sin *yihad*. Todo el mundo bebe de vasos alargados *thè à la menthe*. Me siento en una de las cinco terrazas y pido lo mismo.

Abro *Todos nuestros ayeres*, de Natalia Ginzburg y leo un poco a la vez que contemplo el atardecer sobre el mar. Voy por mi segundo té de menta y le pregunto al camarero por el lavabo. Camino y subo de nivel. Atravieso un pasadizo dentro del café. Veo el ícono de los baños y, de pronto, siento una mano delicada tocar mi hombro. Me doy vuelta, y es él con una camisa *light blue* hermosa.

—*Salam*, Octavia —dice coqueto.

—*Salam* —respondo descolocada.

—Te vi pasar caminando y qué *sadfé* —lo comenta mirándome intenso.

—¿Qué es *sadfé*? —le pregunto curiosa.

—Significa *coincidencia*... quedé unos segundos pensando en esto hasta que me levanté a saludarte —menciona sonriendo.

—Tenía ganas de ver el atardecer y probar el famoso té de menta —le digo nerviosa.

—¿Tienes planes para la noche? —me pregunta entusiasmado.

—No realmente —respondo.

—Hoy a las nueve de la noche toca un amigo música en vivo en unos de los pocos bares de la Medina. Si quieres, pásate un rato, es un bar para extranjeros, hay buen rollo.

—*Tasharafna* —le digo torpe, por decir algo. Se ríe, repite lo mismo y esta vez nos despedimos con dos besos como en España.

—Hasta más tarde —me susurra entre el hombro y el cuello y se va hacia el sitio en el que veo a dos hombres más.

Regreso a mi mesa con un volcán de emociones. El cielo está magenta, él azul y yo amarilla. Me bebo lo último que me queda de mi té y le pago los veinte *dirham* de la cuenta al camarero y salgo del Hafa nerviosa a ver si lo veo de nuevo, pero no.

Camino de vuelta al hotel y miro el móvil a ver qué onda el bar. No entiendo el murmullo que escucho, pero lo siento cada vez más cerca mío. Temerosa, me doy vuelta y veo a dos chicos caminando muy cerca. Intento guardar el móvil; sin embargo, se me cae al

suelo. Me agacho a recogerlo y uno de ellos, posa su mano encima de la mía y me dice «tranquila, guapa» mostrándome un cuchillo.

—Llévalo si quieres —le digo sacando mi mano fuerte de debajo de la suya.

—No tan fácil —responde.

Me doy vuelta, el otro chico está detrás y el cielo ya está azul oscuro y yo blanca de miedo.

—Camina recto conmigo —me dice tomándome de la mano.

Estoy en un país musulmán me repito. Me caen unas gotas de orina sobre mi braga y una bola de fuego me sube por el estómago.

Hay una entrada abandonada que da hacia el mar. Hay casas vacías, vidrios quebrados. De la nada, me toca la cintura y luego me agarra el culo. Lo esquivo temblando y, por favor, le digo, no.

Forcejamos ambas muñecas, me hace doler, lloro y en esto, siento gritos de esta lengua

magrebí de otro hombre. Me doy vuelta, pero no alcanzo a distinguir a nadie.

Repentinamente, el chico me suelta y camina con su amigo hacia el otro hombre. Se insultan, se desafían o eso interpreto yo con sus cuerpos.

El cielo se oscurece aún más, la escena también. De la nada, veo a Mostafa empujarse con uno de ellos. Grito en mi lengua y me mareo: veo flashes, luces, me imagino. Me caigo, escupo e intento respirar con normalidad.

—¡Mostafa! —exhalo sin fuerzas.

Los otros dos se han ido. Corro hacia donde está él. Le toco la cara, está en el suelo.

—¡Háblame! Dime algo —le imploro, pero sus ojos azules apenas están abiertos.

Grito y lloro suplicando ayuda una, dos, tres veces hasta que llegan dos hombres mayores que no hablan español, pero ven la blusa de Mostafa.

Me despierto en una camilla de un hospital. Tengo un líquido que está pasando por mi vena.

Hay palabras árabes que apenas enfoco. Entra una enfermera con *yihad* puesta.

—*Hello, I'm Amira* —me dice en voz baja y con un acento extraño—. *I'm here to take care of you while you recover your stability from your crisis.*

—¿Crisis? ¿*What are you talking about?* —respondo perdida.

La luz del hospital no me gusta nada. Es un esfuerzo mantener los párpados abiertos. Me pesan, me nublan, se me confunden los idiomas, las muertes, las vidas. Azul, el cielo mediterráneo, azul los ojos de Dylan. Yo qué hago aquí, en Marruecos si ayer estaba en el lago en Brouwhuis. La enfermera me sigue hablando en un inglés que me suena muy extraño. Si no es árabe o *dutch* qué más puede ser esto.

—Mostafa, el recepcionista del hotel —dice—. ¿Te acuerdas?

—¿Acordarme? —le respondo.

Vaya pesadilla.

La explicación

Un cuento de Helena de Narváez

El sobre azul resalta dentro del montón de documentos que me habían entregado en la recepción en la mañana. Tiene mi nombre escrito escuetamente en el frente, junto con mi dirección. Reconozco la letra, la vi miles de veces a lo largo de mi vida. Siento un nudo en el estómago, esto no puede estar pasando.

Rompo el sobre desprolijamente y saco el papel. *Querida Laura*, empieza. Me salto todo el texto hasta el final de la página para confirmar mis sospechas. Está su firma: *Diego*. No puede ser.

Te sorprenderá recibir esta carta, continúa. *Seguro no esperabas que después de tantos años te encontrara. Y menos, que me animara a*

contactarte, después de lo que nos hiciste. Mis manos temblorosas hacen que la carta se me caiga al suelo.

Hace cinco años crucé medio mundo huyendo. Formé una vida lo más lejos que pude. Diego era el amor de mi vida, lo sigo siendo. Crecí a su lado. Primero como mejores amigos en el colegio al que fuimos juntos. Luego nos enamoramos, nos casamos y tuvimos una hija, Silvia. Siempre inseparables. Lo amé como nunca podré llegar a amar a alguien.

Me agacho a recoger el papel y ya no tengo fuerzas para pararme de nuevo. Estoy mareada, creo que podría vomitar. Me siento en el suelo y sigo: *No me diste ninguna explicación. Has hecho que estos últimos años para mí sean un infierno. Pero eso supongo que tú ya lo debes saber, por lo que no tiene sentido reprochártelo más ahora. Lo que quiero decirte es que tu hija te necesita.*

Siento un dolor en el pecho. La culpa vuelve, como cada vez que los recuerdo. Pienso en aquella noche, llovía muy fuerte. Agarré las maletas que había preparado desde hacía

días. Diego no estaba, porque tenía un viaje de trabajo. Silvia tampoco, pues les había pedido a mis suegros que la cuidaran. Pedí un taxi hacia el aeropuerto y tomé un avión a Berlín.

Necesito saber por qué te fuiste, si estás bien o te hice algo, leo. ¿Me dejaste de querer? Tu hija pregunta por ti todo el tiempo. No tengo el corazón para decirle que nos abandonaste.

Soy consciente de cuánto daño les hice yéndome, pero también tengo la certeza de que fue lo mejor que pude haber hecho. Y que esta decisión fue por ellos.

Me diagnosticaron a los cuarenta años Alzheimer, se me derrumbó el mundo. Hasta ahí llegó mi vida, esa gran vida tal y como la tenía. Venía desde hace meses sintiéndome rara. Empecé a olvidarme de las cosas, a perderme en los lugares que antes conocía de memoria. «Son cosas menores, a todo el mundo le pasa, soy muy despistada», me intentaba convencer.

Cierro los ojos y respiro profundo tres veces, como me dice la psicóloga que haga cuando

me dan ataques de ansiedad. *Me tomó mucho tiempo averiguar dónde estabas, pero más me costó encontrar las fuerzas para sentarme a escribirte esta carta. ¿Por qué estás en Berlín?*

Aunque no había certeza de cuánto tardaría el Alzheimer en llegar a un estado crítico, yo conocí esta enfermedad muy de cerca, antes de ser su víctima directa. Mi papá lo padeció también de joven y a su lado conocí el peor dolor: ver como, con el paso del tiempo, la mente de alguien que amas se va y deja de a poco su cuerpo sin su alma.

Nunca fuiste una persona que tomara decisiones sin pensar en los demás, que fuera egoísta. Pero puede ser que no te conocía lo suficiente. Siento esas palabras clavarse en mi pecho como un cuchillo. Me conoces mejor que nadie, Diego, le digo en mi cabeza, todo sería peor si me hubiera quedado.

No es usual que esto ocurriera a mi edad, o a la de mi padre en aquel momento, según me decían los médicos. Para mí eso era lo peor de la historia. Para evitar afrontar la realidad, decidí no contarle a nadie todo lo que estaba sucediendo.

Me doy cuenta por primera vez de que estoy sollozando y tengo toda la cara y el cuello de la camiseta mojados por las lágrimas. *Quiero pensar que todo tiene una explicación, que te alejaste por algo grave, me dice Diego en la carta. Dame la oportunidad de poder ayudarte, por favor.*

Desde que los médicos me dieron la noticia tuve una única certeza, no quería suponer una carga para las dos personas que más quería en la vida. Fue una promesa que me hice y me juré mantener hasta que no pudiera recordarla. Elegí no condenar a Diego y a Silvia a vivir lo que me tocó a mí.

No te pierdas la oportunidad de ver cómo está tu hija ahora, te mando su foto más reciente, me dice. Te conozco y sé que ella es todo para ti. Tomo el sobre, de nuevo, con rapidez y busco en el interior. Allí está la fotografía, la agarro y le doy vuelta. Veo a una chica rubia de unos siete años jugando en la arena. No me cuesta reconocerla, es Silvia, mi niña. Se parece mucho a mí. Estoy hecha pedazos. Espero que algún día me perdone, me repito todo el tiempo. Lo hice por ella. Por ellos.

Me empiezan a doler las rodillas por la posición en la que estoy sentada en el piso. Me reincorporo y me paro. Necesito terminar la carta rápido, leer todas las palabras que me escribió Diego en este papel. Sé que mi mente se va a perder en cualquier momento.

Empiezo a caminar de un lado a otro por toda la habitación, mientras continuo leyendo, ahora en voz alta: *Quédate tranquila porque, aunque sé dónde estás, no te voy a buscar para convencerte de que te retractes de la decisión que tomaste. Este es mi único intento.*

Cada día tengo menos momentos de lucidez, como me confirma María, mi compañera de habitación. He pensado muchas veces en terminar con esto, pero no he sido lo suficientemente valiente.

Por fin llego al final de la carta, me cuesta leer porque mis ojos llenos de lágrimas me nublan la visión. *Nunca es tarde para volver a tu casa. A nuestra casa. Todo en la vida tiene solución... y perdón. Te seguimos queriendo igual.*

—Lo que yo hice no tiene perdón, Diego —le respondo en voz alta, yo no me perdonaría. Pero puedo vivir con la culpa todos los días, recordándome que para ustedes es mejor no estar cerca de una persona que se va apagando y perdiendo de a poco.

Saco el encendedor que tengo en la mesa de noche y quemo la carta. Las cenizas caen poco a poco en el suelo dejando un rastro negro. Respiro profundo y me limpio las lágrimas con la manga de mi suéter.

Me giro hacia María, que está a mi lado sin quitarme los ojos de encima desde hace minutos.

—Tú ya sabes qué hacer cuando mi mente no esté definitivamente más aquí, darles una explicación.

